

AMÉLIE
DE BOURBON PARME

El SECRETO *del* EMPERADOR

Le secret de l'Empereur

EL RELOJERO DE YUSTE
El misterio del reloj herético que obsesionó a Carlos V



Rotundo éxito de ventas en Francia.
Premio de Novela Histórica de la Ville de Blois
2016 y Premio Marguerite-Puhl-Demange 2016

El relojero de Yuste: El misterio del reloj herético que obsesionó al emperador Carlos V. Rotundo éxito de ventas en Francia. Premio de Novela Histórica de la Ville de Blois 2016 y Premio Marguerite-Puhl-Demange 2016. En 1555, el emperador Carlos V anuncia a los dignatarios de los Países Bajos que abandona el poder para cedérselo a su hijo Felipe porque tiene la intención de recluírse al monasterio de Yuste, en lo más profundo de Extremadura. Decepcionado por un ideal imposible de conseguir, agotado por los incesantes viajes a través de sus reinos, se retira del mundo para consagrarse a su última pasión, digna de un príncipe del Renacimiento: los instrumentos de medida del tiempo. Esta novela es el relato de esa renuncia, un acto excepcional en la Historia, que chocó a sus contemporáneos tanto como resuena, hoy, por su extraña modernidad. Es también la historia de su reino y de su obsesión por un reloj misterioso, cuyo funcionamiento y finalidad se le escapan. Ninguno de los maestros relojeros que le rodean saben desentrañar el secreto de ese increíble mecanismo. Tras haber ampliado su imperio desde Europa hasta América, ¿conseguirá resolver el insondable misterio del tiempo? ¿Por qué el hombre más poderoso de Occidente, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, que se opuso con todas sus fuerzas al ascenso del Imperio otomano, decide abandonar el poder?

Para Alexandre y Constantin

¿Cómo fue aquel hombre a enterrarse en aquellas soledades serranas?

¿Qué le llevó al nieto de los Reyes Católicos, al poderoso Habsburgo, al monarca más poderoso y afortunado del mundo en un tiempo, a ir a enterrarse en aquel escondido repliegue de las estribaciones de Gredos? ¿Por qué escogió para morir aquella plegadura de verdor y de soledad?

Miguel de Unamuno



24 de octubre de 1555

Esa tarde, el emperador se acercó a su taller de mecánica y relojería más tarde de lo habitual.

Todos los días iba a visitar su colección de objetos animados. Ni la guerra ni los innumerables viajes habían puesto en peligro esta costumbre. Su cuerpo, cansado por los reumatismos y las crisis de gota, se asemejaba a los mecanismos que iba a comprobar: un día algo demasiado frío, un roce excesivo del aire bastaban para descomponerlo; pero, al fin y al cabo, al igual que todas sus piezas de relojería, siempre se las arreglaba para ponerse en movimiento y llegarse hasta su taller. Los preparativos de su abdicación no habían retrasado sino media hora su cotidiana visita.

En cuanto disponía de unos momentos de tranquilidad se introducía en la escalerita que conducía hasta los bajos de su villa. Se introducía solo por entre las sombras del corredor que conducía al taller. Casi clandestinamente. Abandonaba sus estancias sin prevenir a su mayordomo y recorría con paso silencioso las pocas habitaciones que lo separaban de su taller. Nada de aventurero o de prohibido tenía ese recorrido por entre las colgaduras y tapices de la casa al fondo del parque; pero el mero hecho de ir al encuentro de esos objetos, de dejar de lado sus ocupaciones como monarca más poderoso del mundo, bastaba para deslizar el aliento de una evasión por entre sus pasos.

Llegó a la puerta de gruesa madera tras la cual se conservaba su colección de maravillas mecánicas. En otro tiempo destinado a guardar la madera con la que calentar el palacio, a una orden suya el lugar fue ligado al resto de la casa. Las piedras del suelo no eran lisas y una franja de luz se escapaba por debajo del batiente, iluminando el pasaje con un halo misterioso. Un escalofrío de emoción lo recorría cuando veía ese hilo de luz. Se concentraban en él todas sus esperanzas, sus decepciones, sus impacencias y sus sueños de amante de los relojes y los autómatas; más que un taller, la estancia era una caja fuerte de la cual sacaba extraños recursos.

Al empujar la puerta, el familiar gemido del batiente abierto con codicia se extendió por el aire.

Giovanni, el artesano cremonés a quien había confiado su colección, estaba enfrascado con la caja de un reloj. Era un hombre pequeño, ancho y macizo, cuyas ágiles manos parecían pertenecer a otra persona.

Acercándose despacio para no romper su concentración, el emperador preguntó con impaciencia:

—¿Giovanni, nuestros relojes están prestos para sonar en la hora de mi retiro?

El hombre no se movió, absorto en un engranaje que le faltaba por colocar en su orificio. Era el único servidor que no tenía obligación de levantarse en presencia del emperador; se le había concedido una especie de excepción ligada al manejo permanente de los preciosos relojes imperiales. En el taller, los relojes eran los soberanos.

—Esperémoslo, majestad —dijo cuando hubo terminado con su manipulación. Hizo un rápido signo de la cruz, como si estuviera ante el altar de una iglesia. Conservaba la superstición italiana que le prohibía hacer la menor previsión sobre la puesta en marcha de un mecanismo.

El emperador continuó con su visita y miró embelesado los autómatas, las fuentes y los demás objetos prodigiosos

que Giovanni había fabricado desde que entrara a su servicio algunos meses antes.

Se detuvo ante una nave que se puso a oscilar por sí sola en medio de la mesa como si estuviera viajando por el mar. Estos sofisticados mecanismos lo fascinaban. Ver cómo los objetos cobraban vida gracias al ingenio del hombre le devolvía siempre el entusiasmo que le había faltado durante las derrotas de esos últimos años.

Alzó las cejas al ver a los siete electores que rodeaban la figura que lo representaba:

—Dime, Giovanni, ¿no has conseguido retirar las armas imperiales?

Giovanni se giró brevemente:

—¡Todavía no he tenido tiempo, majestad!

Primero debía abdicar del trono de los Países Bajos; la corona imperial todavía podía esperar algunos meses y Giovanni tendría tiempo de sobra para borrar los restos de su imperio sobre el mundo.

Cuando dejó atrás la última pieza, dio media vuelta antes de preguntar, con aire inquieto:

—No veo los relojes... ¿Dónde los has puesto?

Giovanni murmuró con una voz que sabía lo que decía:

—Los he puesto todos juntos al fondo.

—¡Ah! —murmuró el emperador, entrecerrando los ojos hacia el final de la habitación—... has hecho bien.

Un brillo pálido iluminaba todos los objetos del interior, dándoles un relieve inesperado. El emperador comenzó su inventario. Quería asegurarse de que todas las piezas de la colección estarían en hora para la ceremonia del día siguiente. Los treinta y tres relojes de su colección tenían que sonar *todos a la vez*, justo en el instante en que pusiera su firma al pie del pergamino de la abdicación.

Habían sido colocados según su grado de sofisticación y precisión. Los había de todas las formas y todas las épocas, en la parte superior de los estantes más altos; otros, sobre la bandeja de credenciales, y los menos voluminoso-

sos sobre un taburete de cantor o sobre una silla de conversar. Clepsidras, relojes de arena, calendarios solares, astrolabios árabes, relojes mecánicos; algunos de estos últimos eran verdaderas obras de arte heredadas de los duques de Borgoña; los demás, menos sofisticados en apariencia, contenían mecanismos de gran precisión.

Acercó lentamente el oído al reloj más moderno de su colección como quien escucha un secreto. Una pieza única fabricada por uno de los maestros Habsburgo y que le gustaba especialmente.

Se podía apreciar que acababa de volver a ser montado. Al contrario que los objetos animados, los relojes eran piezas muy vivas: durante algunos días daban la hora con exactitud y después, de golpe, debido a que el resorte comenzaba a agotarse, se producía un ligero retraso. Ningún relojero de la época, ni siquiera los más brillantes, conseguía mantener el ritmo más allá de quince días. Giovanni era el único que sabía ajustar sus mecanismos para que pudieran dar la hora durante tres semanas; Giovanni era un maestro de la medición del tiempo. Le faltaba poco para poner a punto un mecanismo que diera la hora de forma exacta.

–Tengo la impresión de que en las últimas semanas hemos trabajado bien... –continuó el emperador, alejándose del reloj con pesas.

El artesano asintió con la cabeza sin responder. El emperador se fijó entonces en uno de los relojes astronómicos de mesa cuyo fondo de corladura representaba el sol, los planetas y las estrellas.

De repente, al darse la vuelta, tropezó con un cofrecillo de madera cubierto de polvo.

–Giovanni, y este estuche, ¿qué es?

Giovanni pareció no comprender.

El emperador se inclinó hacia el objeto y se agachó para limpiar la tapa. Ninguna aspereza, ni el menor resto de

punzón o de sigla; no recordaba en absoluto esa caja de cubierta lisa, ni de la persona que se la había regalado.

–Es la primera vez que veo este cofre aquí. ¿Lo has traído tú? –volvió a preguntar el emperador con aire turbado.

Giovanni le echó un vistazo a la caja y murmuró, despreocupado:

–No he sido yo, majestad... Sin duda alguien os lo ha regalado recientemente...

El emperador volvió a mirar la caja. Su madera maciza y oscura como un banco de iglesia le recordaba vagamente algo.

–... Es posible...

De repente, cuando se aprestaba a coger una herramienta para levantar la tapa, se vio sorprendido por un ruido procedente del pasillo. Una silueta larga y delgada se dibujaba sobre el suelo como una armadura sin peso; solo ella penetró en la estancia, mientras que el hombre permaneció en guardia a la entrada de la habitación.

–¡Entrad, coronel! Estaba terminando mi visita...

Sin moverse, el mayordomo dijo, con una voz que velaba su sueño como si fuera una especie de tesoro escondido:

–Es tarde, majestad...

El emperador interrumpió con rapidez el silencio lleno de reproches de su mayordomo:

–Ya voy, ya voy, coronel...

El emperador se apoyó en su bastón y se dirigió hacia la puerta. Lanzó un último afectuoso vistazo a su colección de relojes de guardia, una suerte de pequeño ejército de las sombras que lo conectaba en secreto con los misterios del espacio y el tiempo; era sobre este imperio sobre el que en adelante se proponía reinar.



Con las primeras luces del sol, el parque del palacio de los duques de Brabante tenía un algo de arrugado; en Bruselas, cada nuevo día se despertaba mal tras una noche repleta de cerveza, alcohol y platos demasiado pesados. Se podía ver elevarse, desde la base de los árboles, como el vapor de un estofado de caza; bajo las hojas, la tierra parecía cocinarse despacio según una receta muy antigua, y de un extremo a otro del horizonte el paisaje cobraba el aspecto de un gran caldero cuyo contenido se había dejado reducir a fuego lento.

Desde el primer piso de la casa, al fondo del parque, el emperador repasó su discurso de abdicación: el tiempo de verificar que las palabras y las frases eran las de una marcha definitiva, que los agradecimientos se asemejaban a despedidas eternas, que nada ni nadie podría obstaculizar el proyecto que preparaba desde hacía meses, desde hacía años.

Se irguió sobre la cama para ver qué luz, qué olores vendrían a mezclarse con sus adioses. Pensó entonces que no era sino el protagonista de un rito de paso, al cual sus abuelos se habían dedicado legándole los atributos de su reinado: una corona, algunos símbolos de poder, tradiciones y ese indefectible afecto por el ducado de Borgoña.

Sin duda era la vista del fondo del parque la que le daba esa curiosa sensación de alejamiento. Tras su último periplo había arreglado el pequeño pabellón de caza para

no regresar al palacio de los duques de Brabante. Su instalación en la casa de la calle de Lovaina ya era una pequeña abdicación en sí misma, una primera renuncia preparatoria de la ceremonia que tendría lugar al cabo de unas horas.

—¿Vuestra majestad ha dormido bien? —preguntó el ayuda de cámara, que entró de puntillas seguido de un joven paje.

El emperador lanzó una mirada llena de reproche a las mantas que cubrían la parte inferior de su cuerpo:

—¡Hace mucho tiempo que esta cama no me descansa nada!

Y es que su lecho no había sido nunca un lugar de reposo. En cuanto pudo metió su catre en su equipaje para no dormir en esas camas *de una sola noche*. Desde hacía algunos años su salud se había deteriorado tanto que era su lecho el que lo llevaba de un lado a otro de sus reinos. Pero no había podido evitar esas camas extrañas. De todas las que lo habían acogido, la más detestada era ese jergón de mala madera de una celda del monasterio de la Sisa, sobre el cual fue a depositar su pena, el 5 de mayo de 1539, algunos días después de la muerte de su esposa Isabel; había creído que su loca carrera se detendría allí.

Pero el baile de guerras y mandos volvió a comenzar, un periplo de rutas y mares a través del Imperio. Centenares de lechos se sucedieron desde esa fecha en la que a punto estuvo de abandonarlo todo. Camas de todos los tamaños y formas, con dosel o a cielo abierto, lechos de campaña, camas que se duermen sin ti y que te expulsan de la noche. Llegado a la edad de cincuenta y cinco años, estaba harto de todas esas camas. Dentro de poco no habría sino una sola, la del monasterio de Yuste, que le esperaba en la otra punta de España.

Mientras Guillaume van Male le tendía un cuenco con caldo de pollo, el emperador percibió detrás de él su traje

de ceremonia suspendido en el aire. Una especie de catafalco de telas preciosas.

—¿Qué momia es esa? —preguntó sorprendido el emperador.

El joven paje se acercó a él, acompañado del traje.

—Majestad, he aquí vuestro traje de ceremonia —le anunció presentándole los ropajes como si se tratara de un venerable visitante.

El emperador cogió la manga de su traje para sentir la tela. Un cuello pequeño cubierto de piel negra, sobrecosturas de satén, un corte perfecto. A primera vista, el traje era soberbio. El emperador lo encontró siniestro. Era de un negro más profundo de lo habitual, de un material más rico, como si todos los duelos y separaciones hubieran ido a ahogarse en la trama del terciopelo para espesar el material, para cepillar la tela; como si el sastre hubiera querido coser juntos, en una especie de apoteosis fúnebre, todos los desastres y pesares de su existencia. Todo ello en el espesor del terciopelo.

Agarró la manga de la prenda para sentir de nuevo la tela, para ver de qué estaban hechos los últimos instantes de su reinado.

—Mi chaleco de terciopelo simple hubiera bastado —comentó el emperador, a quien ese traje acolchado intranquilizaba.

Se puso la primera manga con ayuda de su paje, después la siguiente, intentando dar forma a sus hombros y su espalda, encorvados por la gota. Luego se volvió hacia el espejo que le tendía su ayuda de cámara. Su figura pálida se había acostumbrado a vestir de negro. De hecho se había armonizado con él de un modo secreto. A primera vista, el negro era el color que mejor acordaba con su existencia, formada de demasiadas malas noticias; pero no era esa sucesión de duelos y decepciones lo que convertía al negro en algo tan familiar. Tampoco la muerte de Isabel, que había erigido un muro entre él y el mundo. Se

trataba de otra cosa, de un velo colocado sobre sus rasgos, como si las circunstancias humanas no lo alcanzasen. Una melancolía que lo arrancaba de las cosas y las personas. Las corrientes profundas de su alma armonizaban con su vestido sombrío.

Engalanado con semejante prenda, era él a quien enterraban; pero estaba muy bien así: el traje sacudiría los ánimos. Y se necesitaba algo más que palabras para abandonar la escena tras tantos años en el poder.

–Con esto bastará –dijo apartando el rostro del espejo y cogiendo uno de sus pares de gafas de encima de la mesa.

El coronel Quijada acababa de entrar en la estancia, el rostro enmarcado por una gorguera blanca, la barba bien peinada.

–Vayamos... –murmuró el emperador sin dejar de observar su figura en el espejo.

Atravesó la habitación del brazo de su mayordomo, barriando con la mirada los muros cubiertos de tela verde con su escudo de armas y su divisa: *Plus ultra*. Al franquear el umbral de la puerta esa mañana, pensó que nunca había sido tan fiel a esa divisa.



25 de octubre de 1555

Un pequeño grupo de gentilhombres lo esperaba abajo para caminar hasta el palacio de los duques de Brabante. Felipe lucía el rostro grave de quien va a heredar una carga demasiado pesada; Guillermo de Orange, conde de Nassau, ese joven señor de carácter tan prometedor al que había educado en la fe católica a cambio del principado de Orange, alzaba el rostro orgulloso, olfateando en el aire una nueva distinción; mientras que el primer gentilhombre de su corte, el conde de Mérode, se balanceaba pasando el peso de un pie al otro, con prisas por servir a su nuevo señor. Tras ellos, inmutable y fijo como una estatua, el coronel Quijada sujetaba la cincha de la mula sobre cuyo lomo iba a situarse.

—¡Y bien, caballeros! ¡No pongan esas caras! Van a causar inquietud en todos los dignatarios que nos esperan. La primera impresión es siempre la que queda...

Se esforzaron en sonreír ayudándolo a subirse a su montura. Incapaz de realizar ni un solo gesto, ni de levantar la pierna, se dejó empujar por los cuatro hombres a la vez y sintió cómo su cuerpo caía sobre la grupa del animal, que se deformó unos centímetros.

Una breve mirada hacia el rostro del coronel Quijada antes de ponerse en marcha, para asegurarse de que iba a algún lado. El lugar de la ceremonia se encontraba a algunos metros de la villa; mas ese pequeño trayecto había

sido objeto de intensas discusiones: el coronel había abogado por hacer venir una de sus bellas monturas, sobre la cual había ganado sus últimas batallas; quería ver cómo su soberano abandonaba el mundo *como un emperador*, envuelto en esa supremacía que pretendía abandonar. Ante la negativa de su señor, como buen soldado, Quijada se había replegado entonces a la recomendación de la silla de mano decorada con las armas imperiales; pero el emperador se había vuelto a negar: finalmente iba a ser sobre un animal de tiro, una mula con el pelaje desgastado por unos fardos demasiado pesados para ella, como iba a entregar su corona. Se necesitaba el derrengamiento de un borrico, el balanceo lento y sólido de su grupa, para renunciar al mundo. La simplicidad de una bestia de carga.

Esa mañana, el rostro del coronel expresaba toda la indignación que le inspiraba la elección de esa mula sin gracia.

—No os inquietéis tanto, coronel —murmuró el emperador—. ¡Este animal me llevará a mi destino!

En equilibrio, al borde de un abismo que nadie más podía ver, penetró vacilante en la oscuridad del bosquecillo. Una especie de trayecto para remontar el tiempo entre las hojas muertas y los pequeños arbustos de otoño antes de transferir sus títulos de duque de Borgoña, de soberano de los Países Bajos y del Franco Condado a Felipe. No era sino la primera etapa. El inicio de una desposesión que, sin duda, iba a encontrar alguna resistencia, pero que era la más importante: la abdicación de la corona de los Países Bajos. Contaba con este cara a cara con todos los dignatarios llegados de los condados de Brabante, Flandes, Holanda y el Franco Condado, y con esa sala donde había sido coronado duque de Borgoña, hacía cincuenta años, para poner en marcha su retiro y su partida hacia España, prevista para el mes siguiente.

—La muchedumbre se impacienta... —dijo el coronel—. Vamos con retraso...